

eficacia, que en 25 de junio de 1782 expide la Emperatriz el siguiente decreto: «Por un efecto de nuestra clemencia, permitimos á la Compañía de Jesús existente en nuestros Estados que elija á alguno de su Orden para que tenga la autoridad y el poder de General, al cual por consiguiente pertenezca gobernar á los demás superiores, y hasta cambiarlos segun las leyes del Instituto. Que el que resulte nombrado participe su eleccion al obispo de Mohilow, el cual deberá comunicarlo á nuestro Senado, y este á Nos. Si bien esta Orden religiosa debe estar subordinada y obedecer á dicho Obispo en todo lo que sea de derecho y de deber; sin embargo, el Obispo tendrá mucho cuidado en que se conserven intactas las leyes de dicha Orden, por lo que no intervendrá con su autoridad en lo que podria causarlas el menor perjuicio.»

Catalina iba directamente á su objeto, sin ocuparse en que lastimase ó no las susceptibilidades de uno de sus súbditos. El obispo de Mohilow habia hecho muchísimo en favor de los Jesuitas. Su intervencion les habia facilitado un noviciado; era el amigo de los Padres, y se hallaba siempre dispuesto á secundarlos; y sin embargo, aquel decreto que les favorecia con perjuicio moral de su parte, le lastimaba en el ejercicio de su jurisdiccion. Fijóse la Congregacion para el 10 de octubre. Treinta profesos se reunieron en Polotsk en el dia señalado. Á fin de proceder con más arreglo nombraron vicario general al P. Czerniewicz, é iban á comenzar la eleccion cuando un enviado del obispo de Mohilow les entrega este decreto, que le ha sido dirigido por el Senado:

«Por órden de la augusta Emperatriz, habiendo el Senado tomado en consideracion las representaciones que le habeis dirigido, y que tienden á probar que los Jesuitas y demás regulares que viven en el Imperio os deben obediencia, no solamente como á su metropolitano, si que tambien como á su superior general, ha ordenado que os respondiese que el decreto imperial del 25 de junio prescribe expresamente á los Jesuitas que obedezcan al Obispo. El Senado no duda que esos religiosos cesarán en adelante de alegar las leyes propias de su Instituto para sustraerse bajo este pretexto á la obediencia legítima, como lo hacia hasta ahora la persona que los gobernaba bajo el título de Viceprovincial. No pueden ignorar que ningun instituto debe serles tan grato como la voluntad imperial, y se procederá con-

«tra ellos con severidad si persisten en su obstinacion; por lo que, si esto sucediere, será de vuestro deber manifestarlo al momento al Senado.—13 de setiembre.»

La contradiccion entre esos dos actos, emanado el uno de Catalina, y el otro del Senado, era manifiesta; pero la distancia de los lugares y lo difícil de la posicion no permitian recurrir á la Emperatriz. El Arzobispo lo habia previsto todo, y por el mismo correo escribia que habiéndole nombrado el Senado, General, concedia á los profesos la facultad de nombrar un Vicario general que gobernase en su nombre; pero que excluia de esta dignidad al P. Czerniewicz. Semejante notificacion destruia el plan del Instituto y cambiaba su esencia, y los Jesuitas no podian aceptarla sin renunciar á su Orden. Decidióse, sin embargo, que á fin de no incurrir en el desagrado de un Prelado cuyos buenos oficios habian sido tan útiles á la Compañía, la Congregacion no haria mas que elegir un Vicario perpetuo, y que gozase de toda la autoridad que se atribuia al General. Respondió en este sentido á Siestrzenciewicz, y el 17 de octubre, después de cinco escrutinios, quedó elegido el P. Czerniewicz.

Aquel mismo dia se alojó en el colegio de los Jesuitas Potemkin, que venia de Tauride. Fuele comunicada el acta del Senado, leyóla, y después de haber dicho que conocia á su autor, preguntó: «¿Qué hay que practicar para sancionar lo que se ha hecho?» Benislawski, nombrado coadjutor de la Rusia Blanca, se hallaba presente y exclamó: «Alcanzar la ratificacion del Papa.—¿Y de qué modo? repuso Potemkin.—S. M. no tiene mas que enviar al Jefe de la Iglesia una persona prudente que lo pida en nombre de la Emperatriz, y el éxito es seguro.» El Príncipe designa al instante á Benislawski para esta negociacion: es preciso conjurar la borrasca que puede estallar en Mohilow, y los profesos encargan su causa á Benislawski. Llega este á la ciudad episcopal acompañado de los Padres enviados por la Congregacion; explica al Prelado las reglas del Instituto y la voluntad de la Emperatriz tan formalmente anunciada por Potemkin, y le revela la mision de que se halla revestido para con la Santa Sede. El Arzobispo confiesa su error, y lo repara. El nuevo Vicario general se traslada á la corte á fin de hacer aprobar su eleccion. Catalina lo recibe con benevolencia, promete á los Jesuitas ser invariable en sus sentimientos, y Czerniewicz, que comenzaba á ver serenarse el tiem-

po, vuelve á Polotsk. Allí, como si fuesen ya dueños del porvenir siempre incierto, los Jesuitas admiten los escolares á la profesion de los votos solemnes, y crean asistentes y un admonitor para el General á fin de constituir la Órden con toda la regularidad posible.

Entre tanto la corte de Roma se negaba á erigir en arzobispado la sede de Mohilow, y no queria reconocer el coadjutor hasta que el Prelado titular revocase la ordenanza que permitiera á los Jesuitas que abriesen un noviciado. El Papa estaba en correspondencia directa con Catalina, y la rogaba que consintiese en la eleccion de un obispo ruso; pero la Emperatriz resistia á las instancias del Pontífice, y hasta hablaba de romper toda clase de relaciones con la Santa Sede, cuando se ofreció Benislawski como medianero entre ambas cortes. Hallábanse comprometidos en la querrela el interés de la Religion y de sus antiguos hermanos del Instituto. Con su talento conciliador supo persuadir á la Emperatriz que el soberano Pontífice era completamente extraño á aquellas dificultades, y que una vez se hallase en Roma no le seria difícil vencerle. Catalina confió en ese Jesuita, cuyos consejos habian siempre parecido á Potemkin dictados por la prudencia, y le hizo partir con esas instrucciones, escritas de su propio puño: «No es preciso que el encargado de negocios pase por Varsovia; que no hable con ningun ministro de la corte de Roma antes de haber conferenciado con el mismo soberano Pontífice, y de haberle dado á conocer directamente los deseos de S. M. I. Esos deseos tienen tres objetos, de tal suerte unidos, que hasta que sea rechazado uno para que tome esa negativa como si recayerse en los tres. Esos objetos son la creacion del arzobispado de Mohilow, la investidura concedida á Estanislao Siestrzencewicz con la coadjutoria para Benislawski, y la aprobacion de cuanto han hecho los Jesuitas hasta la eleccion del Vicario general inclusive.»

En el mes de marzo de 1783 Benislawski llega á Roma, y manifiesta á Pio VI el triple objeto de su embajada, poniendo en sus manos una carta autógrafa de Catalina, en que se expresa en estos términos: «Sé que Vuestra Santidad se halla sumamente embarazado; pero el temor se aviene mal con vuestro carácter. Vuestra dignidad no puede conformarse con la política siempre que esta está en pugna con la Religion. Los motivos porque con-

«cedo mi proteccion á los Jesuitas se fundan en la razon y en la justicia, y en la esperanza de que serán útiles á mis Estados. «Esa «corporacion de hombres pacíficos é inocentes vivirá en mi Imperio, porque de todas las sociedades religiosas, es la mas apta «para instruir á mis súbditos é inspirarles sentimientos de humanidad, y los verdaderos principios de la religion cristiana. Es- «toy decidida á sostener á esos sacerdotes contra cualquier potencia, sea cual fuere; y en esto no hago mas que cumplir mi deber, puesto que soy su soberana, y que los miro como súbditos «fieles, provechosos é inocentes. ¿Quién sabe si la Providencia «querrá hacer de esos hombres los instrumentos de la union tan «largo tiempo deseada entre la Iglesia griega y la romana? De- «ponga Vuestra Santidad todo temor, porque sostendré con todo «mi poder los derechos que habeis recibido de Jesucristo<sup>1</sup>.»

Pio VI no podia derogar lo que sus ministros habian hecho; el obispo de Mohilow era acusado de que traspasaba sus poderes, de que usurpaba los derechos de la Santa Sede, y de que tomaba el título de arzobispo, cuando la Iglesia no habia consagrado aun el decreto imperial de su nombramiento. Estas inculpaciones que hacia el Papa en nombre de la corte romana tenian un fondo de verdad. Benislawski no disimulaba sin embargo que la verdadera dificultad no consistia en esos hechos reglamentarios. Pio VI temia irritar á las potencias, y sobre todo á Carlos III, mas empeñado que nunca en la cuestion de los Jesuitas. Queria conciliar las inconciliables afecciones del Norte con los odios siempre vivos de Madrid: buscaba un medio que conciliase esos sentimientos tan encontrados, á los cuales se veia obligado á satisfacer. Benislawski alcanzó sus dos primeras demandas, que fueron confirmadas por bulas apostólicas; pero no podia suceder lo mismo con la Compañía de Jesús. Las exigencias de España, las dificultades que se suscitaban por todas partes contra Roma, la actitud que habia tomado José II, secularizando los religiosos, no permitian al Pontífice tomar una determinacion, por decirlo así, legal. Benislawski y los Jesuitas habian dado á entender á Catalina que

<sup>1</sup> Castera, poco sospechoso de parcialidad en favor de los Jesuitas, publica esta carta en el tomo III, pág. 109 de su *Historia de Catalina II*, y añade que por respeto á los cristianos griegos la Emperatriz negó su autenticidad en la *Gaceta de Petersburgo*; pero que no es menos cierto que fuese escrita de su mano.

no tenían necesidad para el foro interno de un breve regulador. El consentimiento verbal del Papa tiene la misma fuerza, y no existe diferencia intrínseca acerca la validez de la concesion; pero esta concesion, que no tiene fuerza en juicio, no especifica nada, y deja á la interpretacion el cuidado de ensancharla ó limitarla. Se convino, pues, en que el Pontífice no otorgaria ninguna bula á los Jesuitas de Rusia, pero pronunció estas palabras en presencia de Benislawski: «*Approbo Societatem Jesu in Alba Russia degentem. Approbo, approbo.*» Esta adhesion se hallaba confirmada por la elevacion de Siestrzencewicz á la dignidad de arzobispo. Catalina se contentó con ella, supuesto que los Jesuitas la encontraban suficiente. Hallábanse legítimamente restablecidos en Rusia, y algunos Padres comenzaron á volver al redil. Marutti habia sido el primero en renunciar á la vida secular para cumplir entre los hielos de la Rusia los votos pronunciados bajo el cielo de Italia. Nada habia sido capaz de detenerle; los cuatro hermanos Angiolini, Gabriel Gruber y algunos otros aumentaron poco á poco aquel pequeño rebaño. Entonces fue cuando la muerte del P. Czerniewicz vino á llevar el duelo á la naciente colonia. El 18 de julio de 1785 y á la edad de cincuenta y cinco años espiró el que tanto habia trabajado para reunir las piedras dispersas del edificio. El 22 de setiembre la Congregacion nombró para reemplazarle al P. Lenkiewicz, su colaborador en la obra de reconstruccion, y que habia designado él mismo como su vicario. Czerniewicz dejó grandes proyectos para llevar á cabo; Lenkiewicz los continuó con tino y perseverancia, pero sin procurar derramar en el exterior un brillo que hubiera podido acrecer el Instituto, pero que le habria comprometido. En la Rusia, país tan fértil en revoluciones palaciegas, en presencia de la Francia que se agitaba sobre su base monárquica, y que iba á lanzar á los pueblos su grito de guerra contra los reyes, los Jesuitas, con una conviccion inalterable, se entregaban á la esperanza de que su Orden era indestructible. Confinados en aquel rincon del mundo para reunir en él los restos de un largo naufragio, se les ve hacer dominar allí la piedad y el saber. Su número crece como el de sus discípulos; y después de haber creado escuelas, se ocupan en establecer fábricas de paños, una imprenta y todo el material necesario para semejantes empresas.

Transcurrieron algunos años en esos trabajos intelectuales, du-

rante los cuales murieron Carlos III, el adversario irreconciliable de los Jesuitas, y Potemkin, su mas constante protector. Ellos les inspiraron ideas de engrandecimiento por medio de las misiones de Alepo, Madras y del Archipiélago, que Lenkiewicz rechazó. Ellos vieron á los PP. Gruber y Skakowski llamados á Petersburgo, ocuparse bajo la inspeccion de la Emperatriz, de trabajos, cuyo objeto ha sido siempre un misterio, hasta para los Jesuitas. Habian derramado la simiente, y solo faltaba hacerla fructificar: el duque de Parma fue el primero que pensó en reparar las injusticias cometidas en su nombre. Desde que el marqués de Felino habia proscrito á la Compañía de Jesús á instancias de Carlos III y á instigacion de los filósofos, la educacion pública habia decaido poco á poco en las ciudades de aquel Principado. En 1792 los colegios habian perdido su brillo, no quedaban en ellos mas que algunos pocos discípulos, y el Duque sentia la necesidad de confiar la juventud de sus Estados á maestros experimentados. Volvió á llamar á los hijos de Loyola, que Felino habia desterrado, les abrió su universidad, y los puso de nuevo al frente de la enseñanza. No le bastaba empero esto; era forzoso unir lo pasado al porvenir. Fernando de Parma conocia las intenciones de Pio VI, y veía la revolucion francesa derramarse como un torrente salido de madre, y el 23 de julio de 1793 escribe al Vicario general del Instituto en Roma: «Vuestra Paternidad extrañará sin duda recibir una carta de un hombre que conocerá apenas de nombre. Esta carta os será entregada por la Emperatriz nuestra soberana, la cual os informará al propio tiempo de mi demanda y mis deseos. Yo soy el primero que de mi propio movimiento haya rogado á la Emperatriz que me otorgue un bien que ambiciono con ardor, y que pertenece á ella sola por muchos títulos. Hace mucho tiempo que Dios ha puesto en mi corazon la idea de restablecer la Compañía de Jesús, cuya pérdida ha sido el origen de muchos y graves males para la Iglesia y las monarquías. Después de haberlo pensado todo con madurez, y de haber tomado todas las medidas necesarias para quitar los obstáculos, y allanar la senda que conduce al noble fin que me propongo, he comenzado á reunir los miembros dispersos de la Compañía, y todo ha correspondido á las esperanzas que me habia formado. Así pues, ofrezco mis Estados á vuestra Paternidad á fin de que el Instituto pueda tener como una cuna donde reciba una nueva

«existencia y pueda renacer á la gloria que le pertenece. La Compañía subsiste ya aquí en un escaso número de sus miembros, á quienes solo falta para perpetuarse la vida religiosa y comun, bajo un superior legítimo. Conviene, pues, que vuestra Pater- nidad acoja á sus hijos declarándoles tales, é incorporándolos á los restos que por una maravillosa disposición de la Providencia la Emperatriz nuestra soberana ha conservado. Para esto es necesario que envíeis algunos de vuestros religiosos, provistos de las facultades prescritas por vuestro Instituto, á fin de formar un nuevo Instituto, y especialmente para abrir un noviciado.»

La Iglesia se hallaba en una posición inexplicable; todo le era hostil. A excepción de Catalina II de Rusia, todos los reyes de Europa temblaban delante de la bandera tricolor, que la revolución ondeaba en sus fronteras como señal de la emancipación de los pueblos. Combatíanla sin fe y sin energía, después de haber dejado que se hiciese poderosa al abrigo de sus cetros; el Papa se resignaba al martirio; pero no creía poder echar un nuevo alimento á las pasiones desencadenadas con una demostración pública en favor de la Orden de Jesús. Sin aprobar ni culpar la iniciativa que tomaba el duque de Parma, le impelia en cierto modo á que marchase con prudencia en un terreno tan escabroso. Fernando y los Padres se habían dado cuenta de la situación del Pontífice, y no quisieron agravarla con demandas intempestivas. El Papa consentía en cerrar los ojos, y les bastó este consentimiento tácito. Formáronse cinco establecimientos en el ducado de Parma, y en poco tiempo reunieron en ellos toda la juventud del país.

Un golpe funesto vino á herirles entonces en la Rusia. El 5 de noviembre de 1796 la Czarina espiró, dejando huérfanos á los Jesuitas. Iba á comenzar un nuevo reinado, y Pablo no anunciaba por las primeras medidas adoptadas, que quisiese conformarse con la política de su madre. El Emperador no se había manifestado favorable, ni dejado ver ninguna intención contraria á la Compañía, la cual por consiguiente no encontraba en la corte sino personas indiferentes. Aguardábase la palabra del amo para ser amigos ó enemigos de ella. Entre tanto Pablo I, al volver de Moscú á Petersburgo después de su coronación, llegó el 7 de mayo de 1797 á la ciudad de Orcha, donde poseían los Jesuitas un colegio. El Vicario general de la Orden, acompañado del P. Gruber, fueron á visitarle para ofrecer al Monarca los homenajes y

los votos de sus hermanos. Pablo los acogió cordialmente, y como quien apreciaba á Gruber por sus talentos, á Lenkiewicz por sus virtudes, y á la Orden entera por los servicios que prestaba á la instrucción. Declaróles que nada cambiaría en su situación, y que los conservaría tales como habían sido hasta este día. Esta seguridad, que no se desmintió jamás, dejó á los Jesuitas la libertad de propagarse; y cuando el 10 de noviembre de 1798 el P. Lenkiewicz sucumbió abrumado por los trabajos de toda clase que ocupaban su vejez, la Compañía de Jesús entraba en una era de prosperidad.

El 1.º de febrero de 1799 el P. Javier Kareu fue elegido Vicario general perpetuo.

Hallábanse Jesuitas en Rusia para glorificar la Religión, y el Papa los llamaba también á Roma para sufrir con él. Cuando Pio VI, arrancado de su palacio por orden del impuro Directorio, que gobernaba la Francia deshonrándola, estuvo para encaminarse hácia el destierro á que se condenaban los últimos días del Pontífice octogenario, se dirigió á un Jesuita para tener un fiel compañero de cautiverio. El P. Marotti era secretario de las cartas latinas, y dos horas antes de salir de Roma, el Papa le dijo, segun Cayetano Moroni <sup>1</sup>: «Respondedme con franqueza: ¿os sentís con suficiente valor para subir conmigo al Calvario?—Vedme aquí dispuesto, dijo Marotti, á seguir los pasos y el destino del Vicario de Cristo y de mi soberano.» El Jesuita se unió á Pio VI en su suerte adversa, y después de haber compartido sus miserias y sostenido su valor en la desgracia, le cerró los ojos en 29 de agosto de 1799.

El Papa, llevado de prisión en prisión, iba á morir en Valencia de Francia; Litta, su nuncio en Petersburgo, le escribió para solicitar un breve aprobando el Instituto, puesto que tal era, segun decía, el deseo del Emperador y de la nobleza rusa; pero en aquel intervalo se suscitaron algunas diferencias canónicas entre la corte de Rusia y la de Roma. El Papa se hallaba cautivo, estaban interrumpidas todas las relaciones con la Santa Sede, y Pablo I había creído deber invitar á los obispos católicos á que gobernasen sus iglesias segun el plan que creyesen más conveniente. Con esa generosidad instintiva que formaba el fondo de su carácter y que

<sup>1</sup> *Dizionario di erudizione*, del cavalier Gaetano Moroni, tomo XXX, pág. 153.

comunicaba cierto sabor caballeresco á sus mas extraños caprichos, Pablo se habia constituido el defensor de la Santa Sede en Italia. La imágen de ese anciano Pontífice arrancado de su capital, y sobrellevando sus desgracias con una dignidad tan animosa, habia impresionado su alma. Pablo habia mandado á Suwarow que venciese, y Suwarow habia vencido; pero el Emperador creia que las desgracias de la Santa Sede autorizaban para intervenir en los negocios eclesiásticos. Litta quiso manifestarle el peligro de semejante paso, y Pablo indignado de sus representaciones, le notificó que saliese inmediatamente de sus dominios. Amenazaba á los Jesuitas un nuevo peligro, mas Gruber lo conjuró.

Gabriel Gruber, nacido en Viena el 6 de mayo de 1740, era una de esas naturalezas poco comunes, que añaden la virtud sacerdotal al conocimiento de los negocios del mundo. Piadoso y sabio, arquitecto, físico, médico, pintor, geómetra, músico, brillaba al propio tiempo en la diplomacia y en la literatura. Su conversacion seducía, su aire de dulzura y de reserva cautivaba la confianza, su conocimiento de los hombres le daba un verdadero ascendiente sobre aquellos cuya estimacion queria ganar. Durante la vida de su madre, Pablo I, apartado del Gobierno, habia vivido en la soledad. Su corazon recto y justo buscó las conversaciones del Jesuita, y le cobró tanto aprecio, que pronto no supo separarse de él. Gruber, alentado por la Emperatriz, llegó á ser el favorito del Emperador. Probóle que el Nuncio apostólico no habia abrigado jamás la intencion de pagar con una ofensa la deuda que habia contraído la Santa Sede con la familia de los Romanoff. Pablo reconoció su error y quiso repararlo, y á fin de dar una satisfaccion á la Iglesia y al P. Gruber prometió servir á la Santa Sede en las calamidades que sobre ella pesaban. La edad ya avanzada del Pontífice, sus sufrimientos físicos y morales, todo hacia presagiar su próxima muerte; y el sacro Colegio, disperso como la Compañía de Jesús, pedia el auxilio de poderosos protectores á fin de no exponer la Iglesia á una fatal viudez. El senador veneciano Rezzónico recibió el encargo de entregar una carta al Emperador. Pablo, en quien Gruber alimentaba los sentimientos cristianos, acogió con entusiasmo la confianza que tenia en él la Iglesia católica, y se comprometió á emprenderlo todo para hacer que se tuviese el próximo conclave. Este se verificó en Venecia el 14 de marzo de 1800; y fue elegido Papa el carde-

nal Bernabé Chiaramonti, bajo el nombre de Pío VII. El nuevo Pontífice era antiguo amigo de la Compañía: obispo de Tivoli poco después de la supresion, habia obedecido con repugnancia el breve de Clemente XIV. A fin de manifestar su aprecio al Instituto, se le habia visto conservar al frente de su diócesis á los Jesuitas de que se habia rodeado. Los de Rusia creian poder esperar que Pío VII ratificaria lo que su predecesor solo habia podido sancionar tácitamente. El 11 de agosto del mismo año Pablo se lo pidió de oficio: «Santísimo Padre, le escribia, habiéndome manifestado el P. Gruber, de la Compañía de Jesús, que los individuos de la misma deseaban ser reconocidos por Vuestra Santidad, «creo deber solicitar una aprobacion formal en favor de este Instituto, al cual tengo un particular aprecio, y espero que mi recomendacion no les será inútil.»

Pablo tenia principios religiosos y monárquicos. Aunque no pertenecia á la Religion romana, aspiraba á desarrollar el catolicismo, como el mas formidable baluarte contra los desórdenes de la inteligencia y las revueltas del talento. Con menos consecuencia en el carácter, pensaba hacer para la Europa lo que Bonaparte llevaba tan gloriosamente á cabo en Francia. Bonaparte, reorganizando por la sola fuerza de su voluntad la antigua sociedad cristiana, é introduciendo el orden material y moral en medio de los poderes impotentes de la revolucion, era á los ojos de Pablo I un héroe de civilizacion, un genio cuyo impulso era fuerza seguir. Bonaparte conocia los sentimientos del emperador de Rusia acerca su persona. Tenia necesidad de separarlo de las tramas que urdia la Inglaterra, y se dirigió secretamente al P. Gruber para pedirle en nombre de la Religion y de la Francia que interpusiese su influjo en un negocio en que no podia menos que ganar la Compañía de Jesús. Gruber se hizo uno de los agentes mas activos de esta negociacion, y esta aumentó mas y mas su crédito cerca de Pablo I, quien procuraba hacer renacer á la par de los caballeros de Malta, los discípulos de Loyola, las dos últimas milicias del cristianismo. El 10 de octubre de 1800 arreglaba con un decreto imperial los progresos de la Compañía, la instalaba en San Petersburgo, le creaba colegios en muchos puntos del Imperio y en las colonias del Volga, y aumentaba el noviciado de Polotsk á fin de aumentar con el número las fuerzas del Instituto. El general Kutusow, gobernador de Lituania, ponía á la disposicion de los